

Sobre la Casa de Garcilaso

por *Sebastián Salazar Bondy*

En la carta rectificatoria enviada a nuestro diario por el arquitecto Harth-terré, a raíz de un artículo del cronista que esto firma sobre la reconstrucción de la casa del Inca Garcilaso en el Cuzco, la cual aparece en otro lugar de esta misma página, se da minuciosa cuenta de los trabajos que se propone realizar dicho profesional en aquel monumento histórico. En puridad de verdad, se trata, tal como lo habíamos previsto, de "fabricar" un flamante palacio en el área donde actualmente se encuentra, cierto es que en estado ruinoso, el solar natal del gran escritor mestizo. De la construcción antigua, conforme alguien lo ha anotado ya, quedarán sólo las piedras de una portada —descubiertas por el señor Harth-terré—, los restos de una arquería y el escudo de la familia Valverde. Todo lo demás será nuevo, tan nuevo como ese tercer piso que el proyecto publicado en el diario "El Comercio" del miércoles último luce como imprevista añadidura a la obra de reconstrucción.

La carta pues, no obstante su extensión y hasta su cauda de humor, no refuta el punto de vista expuesto en nuestro anterior artículo. La casa del Inca Garcilaso será demolida y en su lugar se levantará una libérrima imitación. No habrá restauración. La cual, por más que se haga con derroche de amor e interés artístico, constituye una definitiva arbitrariedad. Se ha señalado ya que con tal transformación ese rincón cuzqueño perderá todo aquello que da a lo antiguo su sabor y su aroma de historia, es decir, su carácter. La pátina inmemorial, aquel aire de cosa asentada por el tiempo y los hombres que generación tras generación han exhalado su vida entre esas paredes, caerá con los muros que los demolidores derriben para levantar otros modernos de ladrillo y concreto armado. Y tendremos a la vista una mansión quizá suntuosa, tal vez imponente, quién sabe plena de grandeza, pero no será el ámbito donde transcurrió la infancia de nuestro primer poeta, el lugar donde, con los ojos desmesurados, vió a las gentes de las dos razas que en él se reunieron tan genialmente. Es posible que el arquitecto Harth-terré considere estas reflexiones como pertenecientes a "un romántico orden literario", pero tal juicio no impide que como discurso y conclusión ellas entrañen una estricta verdad.

Nadie ha puesto en duda —y es necesario advertirlo— que los señores Miguel y Mariano Luna, propietarios de la casa de Garcilaso, estén inspirados por un honesto cariño hacia la memoria del

90
cronista peruano. Ellos han acudido a un especialista y se han confiado a él. No tienen la culpa si éste ha concebido la obra como la total variación de su estructura porque "los muros han sido secularmente removidos y perforados; abiertas unas puertas y cerradas otras; reducidas las grandes piezas a oscuros sucuchos". El hecho de que la casa haya sufrido cambios a través de los siglos es precisamente la prueba de que el solar del autor de los "Comentarios Reales" es digno de respeto, no sólo por la circunstancia de que en él diera sus primeros pasos el Inca, sino porque ha sido escenario de la existencia de otras gentes, oscuras o no, que son también parte del pasado nacional. Hace falta discriminar cuáles de los cambios merecen ser respetados y tenidos como huellas del infatigable curso de los años. Dejar intactas sólo "las pocas cosas con cierto valer histórico", como dice el arquitecto Harth-terré, es aplicar un criterio de tan excesivo rigor que no admitirá como legítimo sino exclusivamente aquello que por remoto parece ser original. Es llegar a la convicción de que lo que más conviene es destruir la finca y colocar en la nueva construcción —con tercer piso y todo— las piedras de la portada, el fragmento de arquería y el escudo, los únicos elementos positivamente auténticos de la primitiva casa.

El problema fundamental, en este caso como en tantos otros, especialmente en lo que atañe a la conservación del estilo y la fisonomía histórica y artística del Cuzco, es como hemos dicho en diversas ocasiones el de restaurar técnicamente y no el de reconstruir dentro de conceptos tan libres que representen una desvirtuación de la forma y el fondo de los monumentos. Realizar con concreto una casa barroca es tan absurdo como reproducir con ese material, tal como impunemente se hace en esa ciudad, la sillería pétreo de los Incas. Se trata de imitaciones, de falsificaciones, que muestran una inexplicable predilección hacia lo adulterado, pareja, aunque parezca inconcebible, a un grave desdén por lo verdadero. Algún día, cuando sobrevengan generaciones más cultas, se señalarán esos muros falsos, esas fachadas ilegítimas, esas ventanas inauténticas, esas torres imitadas, como prueba palpable de una corrupción del gusto y de una crisis espiritual que hoy no vemos en todo su dramatismo porque nos falta la perspectiva indispensable. Queden estas palabras —ya que no serán tomadas en cuenta— como manifestación de que hubo quienes señalaron oportunamente el error.